



Pentecostés Ante el desafío de encontrar la fuerza para ser testigos

Queridos hermanos:

Con la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, comenzó “un tiempo nuevo”, el tiempo de la Iglesia. El día de Pentecostés celebramos el nacimiento de la Iglesia: cuando “la Iglesia se manifiesta al mundo” (Catecismo, n. 1076). Desde el primer momento, la comunidad cristiana se caracteriza por su salida al mundo,

superando miedos paralizantes y barreras de lenguas y de culturas. Los discípulos de Jesús, personas sencillas y humildes, que estaban encerrados por temor a los judíos, cuando recibieron el Espíritu Santo, se lanzaron a predicar el evangelio con una determinación y unas capacidades que desconocían.

En cada época de la historia, la Iglesia ha tenido ante sí el mismo reto: anunciar el evangelio al mundo superando reparos internos y obstáculos externos. Y, aunque cualquier tiempo pasado nos pueda parecer mejor, nunca han faltado las persecuciones, las tentaciones y los peligros. Quizás en nuestros días, en un mundo tan cambiante y secularizado, nos puede parecer más costoso aún encontrar la manera de salir al encuentro de la humanidad, y nos acecha la tentación de quedarnos encerrados en nosotros mismos.

Hoy la Iglesia ha tomado conciencia de que es “como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). En nuestro tiempo, quizás más que antes, estamos redescubriendo el valor de ser “resto”, el valor de lo pequeño, del tú a tú, de la cercanía del trato diario, de la presencia paciente en los ambientes de vida y de trabajo, con atención a los problemas e interrogantes de nuestros hermanos. El Reino de Dios crece como un grano de mostaza día a día y poco a poco. Y los discípulos de Jesús somos fermento en la masa, sal de la tierra y luz en el mundo cuando manifestamos que el amor de Dios es el motor de nuestra vida.

El desafío siempre es encontrar la fuerza y el atrevimiento suficiente para salir a anunciar que Cristo vive y que con Él hemos resucitado todos en esperanza, y que podemos vivir ya como criaturas nuevas. Para esto viene en nuestra ayuda el Espíritu santo. Aquellos doce apóstoles sobre los que descendió el Espíritu santo el día de Pentecostés eran toda la Iglesia naciente; y el Espíritu que recibieron lo transmitieron a todos por medio de los sacramentos. No solo los que han recibido el sacramento del orden, sino todos los bautizados participan del mismo Espíritu Santo que edifica la

Iglesia mediante sus dones y carismas. Por eso, en Pentecostés la Iglesia celebra también el día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, expresiones de la corresponsabilidad de todos en la misión evangelizadora. Todos somos



necesarios para “alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad” (Evangelii Nuntiandi, 19)

Precisamente el lema de esta Jornada en 2022 es: “Sigamos construyendo juntos. El Espíritu santo nos necesita”. El eco y la sintonía con el sínodo sobre la sinodalidad es evidente: el Espíritu Santo nos necesita a todos y “juntos”. El diálogo, la escucha, la comunión, la participación, es el mejor testimonio de su acción en nosotros superando las divisiones y convirtiendo nuestras diferencias en riquezas.

Pido al Señor que el fruto de este Pentecostés sea que, cuando hablemos de la Iglesia, no pensemos únicamente en los pastores o en los consagrados, sino que sintamos que la Iglesia la formamos todos, que el Espíritu se derrama sobre todos y nos necesita para la misión evangelizadora que nos mandó Jesús.

Con mi bendición, feliz día de Pentecostés.

+ Jesús Pulido Arriero, obispo de Coria-Cáceres